

CELIBATO POR EL REINO: HACIA LA VIVENCIA DEL AMOR PLENO

José Luis Martínez, osa
Revista CONFER, Volumen 45 – Nº 173 – pp. 271-279

Este taller fue elaborado por el “*Equipo de Reflexión Psicológica*” de CONFER. En su reflexión preparatoria el Equipo se planteaba dos cuestiones principales:

1. Hemos pasado de una sexualidad negada a una sexualidad reconocida como indispensable en el crecimiento humano ¿Cómo nos situamos en la vivencia personal de la sexualidad célibe en nuestro contexto de vida religiosa y social?
2. ¿Cómo los religiosos y religiosas pueden orientar la dimensión sexual-afectiva para vivir sana y equilibradamente su sexualidad?

Seguidamente formulamos lo que, a nuestro juicio, habría de ser el tema general del taller o la reflexión básica que nos parecía debía ser planteada a los participantes: “*asumir la dimensión sexual-afectiva como proceso a ser integrado y cuidado en lo individual, comunitario e institucional de la vida religiosa*”. Con esa especificidad –lo sexual-afectivo- no había sido tratado en el Congreso Internacional de la Vida Consagrada, es más, a pesar de ello, la organización del Encuentro Nacional de Vida Religiosa, creyó oportuno y necesario dedicarle un espacio y un tiempo específico a través del taller.

Ese hecho en sí mismo viene a ser una imagen de las diferentes posturas existentes ante el tema de la sexualidad en la vida religiosa. En esa imagen predomina el pasar del tema, no tomarlo en consideración, restarle importancia delante de los asuntos ordinariamente tratados, bajo la influencia de una manera de pensar la vida consagrada que no se ha percatado de la importancia de lo afectivo o que no sabe cómo posicionarse delante de la sexualidad. Algo lamentable, puesto que hoy en día no se puede ignorar o esconder más lo que en gran parte condiciona la vida del ser humano, lo que le distingue, lo que le capacita y enriquece y que es su *ser sexuado*, siendo hombre o mujer, con todo lo que ello implica.

Si hacemos memoria verificamos que durante siglos, en tiempos de *cristiandad*, la capacidad de vivir la sexualidad estaba orientada por la prescripción social que, a su vez, se encontraba en gran parte regulada por la normativa moral. Las personas apenas eran sujetos de su propia sexualidad y afectividad. Llega la modernidad y se abren nuevos horizontes, ampliando la visión del ser humano sobre sí mismo, ayudándolo a emanciparse y a poder decidir con más libertad sobre todo lo que le dice relación¹. En este contexto se sitúa la revolución sexual de los pasados años 60 proclamando el final de todos los tabúes, las represiones y la opresión, sobre todo de las mujeres, en materia sexual². El Concilio Vaticano II, en la Iglesia, quiso ser una respuesta válida a una sociedad moderna que lucha por desvincularse de lo sagrado y no accede fácil o ingenuamente a supeditar su pensamiento y sus actos a directrices morales tradicionales.

¹ COMBLIN, J., *Cristianos rumbo al siglo XXI*, San Pablo, Madrid 1997, pp. 356-357.

² Estamos hablando en un contexto socio-cultural occidental y, específicamente, europeo. Muchos, sobre todo mujeres, vivieron y todavía viven, la revolución sexual como la manifestación más visible de la libertad personal.

En las casas de formación de los religiosos/as se tardó en reaccionar positivamente. No se veía con buenos ojos tantos cambios porque cuestionaban, directa y francamente, lo instituido en todos los niveles y, específicamente, lanzaba un gran desafío a la concepción tradicional del amor y la sexualidad. En definitiva, se trataba de repensar el ser humano moderno, como sujeto capaz de vivir su vida en libertad y responsabilidad, en una sociedad pluralista y democrática. Esto que hoy nos resulta algo obvio fue un gran caballo de batalla en aquella época, donde la radicalización de las posturas impedía a muchos ver los caminos que se abrían para una educación más humana.

Uno de los elementos que pasó a sufrir una profunda revisión es el concepto de pecado. Asociado a una vida entendida desde la religiosidad, en una sociedad secularizada se ve relegado a un lugar cada vez menos significativo. El incentivo del sentimiento generalizado de pecado, la culpabilización³, era un recurso utilizado con frecuencia tanto en la familia como en la vida religiosa, en la escuela como en la casa de formación. Una educación más para la sumisión que para la libertad y la madurez. Todo lo que sonaba a sexo o a él hacía referencia entraba inmediatamente en el esquema educativo vigente, era pecado. Esta orientación no se podía sustentar por más tiempo por ser anacrónica e insana.

Hoy verificamos que en el tema de la sexualidad la Iglesia ha seguido su curso y la sociedad también el suyo, progresivamente haciéndose más distantes y, aparentemente, irreconciliables⁴. En la sociedad occidental respiramos sexualidad, el sexo es un apreciado artículo de consumo si nos fijamos en su perfil motivador, y de los más importantes por su poder de facturación. Se estimula y promueve el sexo por la satisfacción de una necesidad biológica, por el placer sin más. Se vende y se busca sexo sin afecto, sin vinculación amorosa, sin responsabilidad y sin compromiso. A lo más, la responsabilidad y el compromiso que se pregonan se refieren al uso de condones para prevenir el SIDA y el embarazo no deseado. Todos/as somos continuamente bombardeados de erotismo en la calle y en los anuncios, en Internet y en las diferentes publicaciones, nada escapa a su influencia. Esta manifiesta exageración y parcialidad en la vivencia contemporánea de la sexualidad recibe, al menos, una crítica certera de las personas que sufren trastornos de la sexualidad cuyo número, desgraciadamente, no para de aumentar.

Fácilmente podemos deducir que en esta sociedad supersexualizada el estado celibatario no es valorado y ni siquiera entendido. Para los religiosos/as esta realidad es una dificultad añadida a su ya difícil trayectoria formativa y, frecuentemente evolutiva, en esta área por la práctica usual de pasar del tema. Felizmente no es más posible refugiarse detrás de los muros del convento, de un hábito, de una consagración religiosa o de una comunidad cuyo estilo de vida infantiliza. Si esas defensas tenían cierto grado de eficacia hoy no la tienen más. Los religiosos/as, son desafiados de tal manera por la omnipresente estimulación sexual ambiental, que muchos/as, por no decir todos/as, se deparan con replanteamientos a respecto de sus creencias y vivencias sexuales. Algo necesario, por lo demás, si no quieren vivir de espaldas a esta importante faceta de su

³ La culpa neurótica, a diferencia de la culpa normal, además de no corresponder con la situación inculpatória, sostiene la formación de síntomas psicósomáticos y tiene efectos destructivos.

⁴ En la teología y en la moral cristiana nos mantenemos a la defensiva en este campo mientras que la gran mayoría de los cristianos sigue otros derroteros, guiados por la cultura dominante, algo que se confirma en numerosos estudios y en la práctica pastoral.

ser con el correspondiente desajuste afectivo o, lo que puede ocurrir más fácilmente, adoptar la mentalidad vigente con relación a la sexualidad con el subsiguiente grado de división interna e hipocresía en la conducta.

Y aquí nos encontramos con lo que representa un dilema para muchos/as religiosos/as. Si por un lado, es malsano negar y reprimir el impulso sexual, por otro no se sabe qué hacer para conducir sanamente el deseo. En el medio suelen estar a sus anchas consideraciones llenas de miedos, culpas, estereotipos y todo tipo de creencias y fantasmas que dificultan enormemente que el religioso salga de su armadura defensiva, se conceda una oportunidad y comience a aprender a lidiar con su sexualidad tal cual es.

Posiblemente en nuestros días los religiosos/as están más abiertos a las necesidades del cuerpo, incluida la necesidad sexual, aunque sea con mucha cautela y desconfianza. Suelen cuidarle mejor y procuran su salud y bienestar integral. En el cuerpo, sin duda, se revela el trato desigual que se da a la sexualidad si comparado con el resto de las dimensiones individuales. A veces todavía se encuentran cuerpos mutilados en los que el sexo no se conoce, no se escucha y se mantiene marginado durante toda la vida. No nos ha de sorprender, entonces, que esa escisión corporal sea el reflejo de una más importante desmembración psicológica en la que la distancia, la frialdad y la rigidez marcan las vivencias y las relaciones, también la relación consigo mismo. Otras veces encontramos cuerpos enteros, cuerpos en los que se revela las marcas de la educación represora y de las frustraciones de la historia personal pero también de la superación y de las conquistas. Son tratados con naturalidad, son conocidos, el sexo es un componente más, digno de ser apreciado y cuidado. Son cuerpos en los que se refleja la dignidad con que la persona se trata y su capacidad para vivir gozosamente consigo y la relación con los demás.

Sabiendo que el tema de la sexualidad es muy amplio y muy complejo, lleno de influencias y condicionantes, el religioso/a ha de tomar una postura coherente si de verdad quiere vivir sana y equilibradamente. Ha de estar atento, con actitud sabia, a los reclamos del impulso, esencialmente biológico, a la fuerza de los sentimientos, básicamente psicológicos, y a los valores por lo que quiere guiar el primero y expresar los segundos. No existen fórmulas ni recetas que puedan evitar la necesaria implicación del yo. El trabajarse en la sexualidad está directamente relacionado con el trabajo en el resto del Si mismo, resultando en tantos caminos como personas en la vivencia de la sexualidad; cada individuo ha de recorrer el suyo al mismo tiempo que lo construye.

Se ha de reconocer que la sexualidad, lejos de ser un lastre o un impedimento para la vida espiritual o para la realización vocacional-religiosa, es un rico patrimonio de nuestro ser persona. Como tal ha de ser valorado e incentivado a desarrollarse y madurar para el bien propio, de la vida comunitaria y de la misión. Teniendo en cuenta que este potencial tiene una dimensión espiritual pero que no es a través del cultivo espiritual que se ha de conseguir el equilibrio sexual y la madurez afectiva. Estas dos dimensiones, la genital y la afectiva, necesitan ser tratadas en cuanto tales, escuchadas, conocidas y orientadas. De manera integrada con la espiritualidad sí, pero no fusionándolas, escondiéndolas o reduciéndolas a lo espiritual. Eso ha sido una gran

error que ha traído funestas y tristes consecuencias a lo largo del tiempo para muchos/as religiosos/as⁵.

La formación para la vida religiosa indudablemente ha de contar con la dimensión sexual-afectiva en su programación. Ha de saber transmitir una información básica pero verídica de la maduración sexual y ha de contar, en cuanto sea posible, con la asesoría de algún experto. Ha de saber estimular el proceso personal de crecimiento humano y ha de tener paciencia y clarividencia cuando el formando/a no es capaz de avanzar en la selva de su propia confusión o contradicciones. No es en la orientación de la impulsividad genital que, ordinariamente, se juega la suerte del equilibrio sexual, sino en la canalización de la afectividad y en el ordenamiento del amor⁶. Aquella es una consecuencia de esta. Ordenar el amor significa ordenar la vida y esa meta es propia de la madurez, algo a lo que los seres humanos podemos aproximarnos lentamente y no sin fracasos y equivocaciones. Reitero que en la formación inicial y después, es muy importante y necesario presentar el celibato con realismo, como realmente es y lo que supone, tanto en su faceta de renuncia como de adquisición, realización y satisfacción.

Es necesario reconocer que en sí mismo el celibato no tiene sentido. Nuestra cultura nos lo recuerda permanentemente. Vivir célibes, sin el goce sexual y la compañía de una mujer o de un hombre, sin descendencia,... en sí mismo es una estupidez y es intensamente contracultural. Por eso el celibato solamente tiene sentido cuando es asumido conscientemente como un valor. En el caso del religioso/a un valor necesario en la realización de la vocación a la que los consagrados/as en la vida religiosa son llamados por causa del Reino. En el celibato se descubre un propósito que le hace necesario y que no es otro que la dedicación de la persona total, sin condiciones ni división, a la extensión del Reino. Pero en sí mismo no es un valor, debe ser hecho un valor en la medida en que es vivido con sentido⁷. Entonces el individuo toma la opción celibataria, interna y externa, que hará posible alcanzar el valor que, en definitiva, no es otro que el propio Dios. Solamente en Él y con Él se puede sostener una opción de tal envergadura. Y al final, solamente El puede comprender el camino que con esfuerzo cada religioso/a transita, animando y liberando, nunca culpabilizando y hundiendo.

El proceso de maduración sexual, como parte del proceso de maduración en la propia identidad, debe llegar al punto en el que el yo orienta la expresión sexual de manera integrada e integradora con las demás instancias del ser. El impulso y el deseo sexual no dejarán de existir pero no serán ellos los que conducirán el comportamiento. Se llega a una conducta que no parte de la condena del cuerpo, ni del desconocimiento del propio funcionamiento sexual, ni del miedo o de la culpa sino de la coherencia con la maduración alcanzada y la vocación por la que se optó. Se trata de un ser célibe que asume la vivencia y expresión de la propia sexualidad en consecuencia.

Es un hecho que la realidad sexual-afectiva acompaña siempre al religioso/a, su evolución humana y todas sus relaciones están condicionadas en gran parte por ella. Es más, en cada etapa de la vida suele presentar sus propuestas y exigencias. De esa forma

⁵ MARTÍNEZ, José Luis, *La vida célibe como vocación y proyecto de amor*, pp. 107-133, In “*Celibato por el reino: carisma y profecía*”, 32ª Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2003.

⁶ Dice S. Agustín: “La virtud es el orden del amor” (De civ. Dei 15,22).

⁷ MARTÍNEZ, José Luis, *Construir la vida: Sexualidad y crecimiento en la vida sacerdotal y religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2003.

el religioso/a se encuentra ante un permanente desafío delante de su sexualidad, si de verdad mantiene una actitud abierta y dialogante con ella, señal de maduración individual y de compromiso en la actualización del potencial afectivo en beneficio de las personas, con nombre y rostro concreto, en quienes se encarna la vocación y con quienes se compromete la vida. Pero sin avanzar en el propio proceso madurativo no se puede aspirar a ayudar a otras personas en su propio proceso vital por lo que cualquier trabajo pastoral quedaría en entredicho. El proceso de hacerse, de moldearse, de construirse como persona se fundamenta en la energía afectiva y sabemos que es difícil y arduo. No puede ser de otra manera lo que apunta a la individuación o al conocimiento profundo de sí mismo, o al llegar a ser “sí mismo” y, al encontrarse con la propia centralidad, posibilitar el encuentro profundo con Dios y con los demás.

Es en la comunidad donde el religioso/a va a poder establecer una especial relación afectiva con los demás miembros, con las cosas y con la misión. En ella es capaz de darse y recibir, amar y ser amado, dentro de un proyecto que ha sido conocido, iluminado y asumido por todos sus integrantes. Se asume a la comunidad y a cada hermano que la integra. Se ponen los propios dones a disposición de los demás y se recibe la luz y la riqueza de las habilidades de los otros. Las necesidades propias, aunque importantes, se supeditan a la conveniencia de los demás. Lo comunitario tiene prioridad en el orden del afecto y de las prácticas. Y porque se da una atención especial a lo comunitario, lo particular lo contempla no solamente la propia persona sino todos los demás miembros de la comunidad. La energía afectiva fluye y se hace vida en la interacción comunitaria y en la realización de la misión. Algo propio de quien libremente, por su consagración, se entrega a Dios y a los hermanos y se compromete a procurar el bien común antes que el propio.

La vida en la comunidad, sin embargo, ha de hacerse permanentemente a partir del hacerse de cada individuo que la integra. Una comunidad religiosa en la que sus miembros vivan en la indiferencia o en la complacencia, y no se sientan afectados para intensificar el amor mutuo y testimoniar los valores evangélicos, no podrá afectar a nuevos miembros. Y, además, muy posiblemente llevará a sus integrantes a buscar otros espacios donde el afecto pueda realizarse y fructificar.

Ahora bien, la afectividad también dice relación a la institución religiosa como un todo, es decir, al instituto o congregación. Si la energía sexual-afectiva no está bloqueada, reprimida, ella fluye y, canalizada convenientemente, produce vida. No solamente afecta positivamente al individuo, la comunidad o la misión como hemos visto, sino que también se traduce en ganas de renovación, esfuerzo por descubrir los desajustes institucionales y ponerles remedio, además de búsqueda de mejores formas de responder al tiempo presente y hacer lo que agrada al Señor (Rm 12, 2). La institución religiosa no puede hacer caso omiso del deseo de consagración sus miembros, convertido en estructuras, formas de vida y misión renovadas. En ello puede estar jugándose no solamente su fidelidad en el presente sino también su supervivencia en el futuro.

Cuando vimos al principio de esta reflexión la indiferencia existente con relación a lo sexual-afectivo, nos preguntamos si algunas formas de vida religiosa en realidad han aterrizado o continúan en los aires de un idealismo descarnado, todavía lejos de confrontar y asumir integralmente lo más básico de su existencia: la persona humana. El taller “*Celibato por el Reino: Hacia la vivencia del amor pleno*” ha procurado responder positivamente a esta pregunta durante el Encuentro Nacional de Vida

Religiosa. Merece ser destacada la única petición formulada a la CONFER por los participantes: “*solicitamos que CONFER continúe promoviendo los medios necesarios para una vivencia sexual sana en los religiosos y religiosas, especialmente ofreciendo herramientas a los formadores/as*”. Así sea.

Finalmente, es importante señalar que de la misma manera que no podemos descartar nuevas formas de vivir la consagración religiosa, tampoco se han de desechar nuevas formas de vivir el celibato por el Reino. Formas, seguramente, más significativas y testimoniales en las que la vivencia de la sexualidad –asumida y encarnada - apunte claramente *hacia la vivencia del amor pleno*.

- Textos en los que existe alguna relación con el tema de la sexualidad-afectividad publicados en “*Pasión por Cristo, pasión por la humanidad.*” *Congreso Internacional de la Vida Consagrada*. Publicaciones Claretianas, Madrid, 2005.
 1. Documento de trabajo N° 39, 40, 98 y 99.
 2. Bernardo Oliveira – Pág. 146-150.
 3. J.B. Libânio – Pág. 159-171.
 4. Timothy Radcliffe – Pág. 210
 5. Sandra M. Gchneiders – Pág. 237
 6. Mons. Franc Rodé – Pág. 292-293
 7. Grupo 7 – Pág. 322-324
 8. Documento final – Pág. 360-361
 9. Juan Pablo II – Pág. 366-367
 10. Álvaro Rodríguez Echeverría – Pág. 375-377